

Los cuidados y su *feminización* a lo largo de la historia

IriaFair

A lo largo de la historia, los *cuidados* han estado vinculados a la figura del sexo femenino relegando a las mujeres a la esfera privada: al hogar, a la crianza, y al cuidado de los hijos/as, así como a mantener los lazos familiares; a ellas se les atribuye la responsabilidad del bienestar, físico y emocional, de las personas que las rodean, especialmente en sus momentos vulnerables (niñez, enfermedad, senectud...). La mecha que enciende la filosofía se da con Sócrates hace 2.500 años; el hijo de la partera consciente (en palabras de Platón) de la importancia de esas mujeres que ayudan a dar a luz trasladó metafóricamente tan valiosa, privada y cuidadosa acción a la creación de conceptos filosóficos a través de su mayéutica. Ninguna imagen de lo que significan los cuidados podría superar lo ilustrativo que nos resulta un parto (solo superado por los cuidados en tiempo de guerra). La antropóloga Margaret Mead llevó esta idea más allá al señalar que el primer signo de *civilización* no fue la creación de lascas o una vasija sino un fémur roto y posteriormente sanado: prueba de que alguien se tomó el tiempo de cuidar a otro en su vulnerabilidad. Con esto quiero afirmar que si tenemos evidencias de cuidados desde los albores del ser humano, estos deberían estar perfectamente integrados en desarrollo personal de cualquier individuo independientemente de su sexo, y tal concepción ética y política del ser humano habría quedado reflejada y recogida en la historia del pensamiento occidental. Los cuidados nos interpelaban ya en tiempos de Sócrates de la misma manera que lo hacen hoy.

En la actualidad, los roles de lo privado- femenino, público- masculino se siguen normalizando, e incluso romantizando; pero ¿por qué se sigue promoviendo esta diferenciación en la carga de los cuidados entre ambos sexos? ¿Qué interés se oculta en el mantenimiento de las mujeres a cargo de los cuidados? ¿Se debe al mantenimiento de la idea del *eterno femenino*? Es decir, ¿se debe a unas cualidades de sensibilidad y empatía que predominarían en las mujeres sobre la fortaleza e intelectualidad de los hombres?

Desde la Revolución Industrial, la división del trabajo por sexo ha asociado a los hombres con actividades en la esfera pública y trabajos remunerados, mientras que a la mujer se le asigna el papel y responsabilidad de dar vida, proteger y mantener a sus hijos. Toda su vida y la de ellos/as. Tal y como dijo Simone de Beauvoir en su obra “El segundo sexo”, esta construcción social ha proporcionado a las mujeres un destino biológico que limita sus posibilidades más allá del hogar. Este destino biológico de las mujeres podría explicar por qué desde pequeños el concepto de ser cuidado ha estado cubierto en gran parte por madres o

abuelas; ya que las mujeres han ido pasando, de generación en generación, la asunción del cuidado de la familia, por su parte, sin obtener reconocimiento alguno.

A menudo, esta falta de reconocimiento al otro, tan necesario para autores como Hannah Arendt, Adorno y Horkheimer o Heidegger, atravesados por el dolor causado por la humanidad a sí misma en la primera mitad del S. XX, ha dirigido a los seres humanos al abismo de la destrucción. Traducido a mi discurso: la histórica falta de reconocimiento de las mujeres y de su labor de cuidados aboca a su destrucción en niveles como su salud física, mental o vital. De las mujeres se espera que sean ellas quienes planifiquen, organicen y supervisen todas las necesidades del hogar, lo que genera un gran desgaste emocional y psicológico que rara vez es reconocido y que redundo en el equilibrio personal y en su salud mental. *“El malestar que no tiene nombre”*, en palabras de Betty Friedan (La mística de la feminidad). O dicho de otro modo: según la Organización Mundial de la Salud el número de mujeres que padece depresión es el doble o triple, según el país, que de hombres.

En esa misma línea, hay que incidir en que ese trabajo doméstico y de cuidados no es remunerado. En muchas ocasiones, las mujeres realizan jornadas el doble de jornada de trabajo, combinando empleo formal con las responsabilidades del hogar. Sin embargo, este esfuerzo no es valorado ni compensado económicamente. A no ser que afirmemos, con Alejandra Kollontai en *“Comunismo y familia”*, que la mujer en el mundo obrero – actualizamos, en el capitalismo acelerado- con su incorporación a la vida laboral, tiene una doble explotación: fábrica y hogar. La falta de reconocimiento de los cuidados es relevante hasta tal punto que en algunos países como México o España se analiza la posibilidad de incluir el trabajo doméstico en los cálculos del PIB, lo que ayudaría a visibilizar su importancia en la economía.

Y lo que es más, una de las estadísticas recientemente publicadas por el INE (Instituto nacional de estadística) entre los años 2009-2023 revela cómo la tasa de empleo de mujeres al ser madres se reduce, mientras que aumenta la tasa de mujeres empleadas sin hijos, siendo a la inversa en el caso de los varones: mayor tasa de empleabilidad si tienen hijos, menor tasas si no los tienen.

Desde mi punto de vista, y a pesar de que los tiempos y políticas favorecen (en Occidente) que los hombres se involucren cada vez más en las tareas del cuidado (sobre todo de los hijos/as), sigue habiendo un trasfondo social que ve a la mujer como la encargada de cuidar de los que nos rodean. Esto me parece una importante injusticia (sin duda, “la posición originaria” defendida por John Rawls merece formar parte de nuestra realidad física prenatal)

que debería ser erradicada, ya que en pleno auge de una nueva ola feminista es absurdo que las tareas del hogar o el cuidado de la familia no sean equitativas para ambos sexos.

Y añadido una nueva perspectiva: la de las redes sociales y los grandes medios digitales de divulgación (y estandarización) cultural como las plataformas de streaming. Sus mensajes subliminales, un bombardeo gota a gota, que percibimos los/as jóvenes cada día perpetúan esta diferenciación entre los sexos. Al fin y al cabo, son mayoritariamente productoras que perpetúan el patriarcado y su división social y cultural. La llegada de Trump hace tan solo unas semanas ha quitado muchas máscaras: los propietarios de redes sociales y medios de comunicación y plataformas (por cierto, todos ellos hombres, occidentales, heterosexuales, caucásicos, con un cambio, de la tradición burguesa se ha pasado a megarricos) han salido públicamente a defender los mismos valores que su líder: una cultura tradicional, sexista, racista y que en todos los niveles no teme atentar contra la dignidad de las personas. Y, lo que es más, han apostado a que no se puedan “cancelar” en sus medios ningún discurso de odio, dando una vuelta de tuerca a la *paradoja de la tolerancia* de Karl Popper.

Influencers y tendencias virales ensalzan a las madres y mujeres que dan todo por sus familias, y en muchas ocasiones incluso se romantiza no trabajar para dedicarse plenamente a ello. En su (previamente citada) obra, la feminista americana Betty Friedan expone que la glorificación de la maternidad y los cuidados no son más que una forma de opresión que impide a las mujeres alcanzar la realización personal. Opinión que comparto, ya que muchas veces las mujeres dejan de trabajar o de estudiar como consecuencia del matrimonio o el nacimiento de un hijo al que cuidar.

Raras veces se promueve el cuidado de los hijos como una tarea compartida, y yo creo que, para que haya igualdad en la sociedad, esta situación, sin duda, debería cambiar. En mi opinión, la tarea de los cuidados debe verse como algo común y compartido y no como un rol impuesto a la mujer. Para ello, es necesario fomentar la corresponsabilidad desde una edad temprana, educar en igualdad o instaurar políticas que establezcan leyes parentales equitativas. Es fundamental que los gobiernos y las instituciones adopten medidas como esta última para promover la igualdad. Por ejemplo, algunos países como España, Islandia o Suecia ya han implementado licencias de paternidad obligatorias y remuneradas, lo que fomenta la participación de los hombres en el cuidado de sus hijos desde los primeros meses de vida. En contraste, en muchas sociedades, las licencias de paternidad son cortas o inexistentes, lo que refuerza la idea de que la crianza es una tarea exclusiva de la mujer.

En conclusión, a pesar de que el cuidado es una labor esencial para la sociedad y el bienestar de todos/as, considero que la atribución de esta tarea a la mujer es un problema tan actual

como histórico. Además de perpetuar las desigualdades de sexo, coloca a la mujer en una situación de dependencia del hombre, desvaloriza el trabajo de cuidados y reduce sus oportunidades de desarrollo profesional y vital. Invoquemos esa “civilización”, en términos de Margaret Mead, en igualdad.

BIBLIOGRAFÍA Y WEBGRAFÍA:

Beauvoir, Simone de. *El segundo sexo*. Editorial Cátedra. Madrid. 2017

Friedan, Betty. *La mística de la feminidad*. Editorial Cátedra. Madrid. 2016

Adorno, T.W. y Horkheimer, Max. *Dialéctica de la Ilustración*. Ed. Trotta. Madrid. 1994

Heidegger, Martin. *Ser y tiempo*. Fondo de Cultura Económica. Madrid. 2009

Arendt, Hannah. *Los orígenes del totalitarismo*. Alianza Editorial. Madrid. 2006

Kollontai, Alejandra. *Comunismo y familia*. Ed. Desde Abajo. Bogotá. 2018

Rawls, John. *Teoría de la justicia*. Fondo de Cultura Económica. Madrid. 2022

Popper, Karl. *La sociedad abierta y sus enemigos*. Paidós. Barcelona, 2017

Referencias:

Organización Mundial de la Salud. Depresión.

<https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/depression#:~:text=La%20depresi%C3%B3n%20es%20aproximadamente%20un,mujeres%20que%20entre%20los%20hombres>

Estadística IMCO: Reparto de tareas

<https://imco.org.mx/las-labores-del-hogar-son-trabajo/#:~:text=Aunque%20las%20mujeres%20se%20encargan,porcentuales%20entre%202003%20y%202021>

UNICEF: Países con políticas más equitativas

<https://www.unicef.org/es/comunicados-prensa/suecia-noruega-islandia-estonia-portugal-primeros-puestos-politicas-favorables-familia>